

En memoria de Sverdlov
León Trotsky
13 de marzo de 1925

(Versión al castellano desde “[A la mémoire de Svérldof](#)”, en [Marxistes. Les auteurs marxistes en langue française](#). Incluido en *Perfiles políticos*, volumen 8 de las obras de Trotsky en ruso, serie 2, “Ante el desafío histórico”. La traducción francesa que reproduce la sección en francés del MIA procede del texto publicado en francés por la UCI, folleto mimeografiado (1961). Título en ruso: *Pamyati Sverdlova*)

No conocí a Sverdlov hasta 1917, en una sesión de la fracción bolchevique en el Primer Congreso de los Sóviets: Sverdlov presidía. En aquellos momentos pocos en el partido adivinaban la talla de este hombre notable. Pero en los meses siguientes se reveló plenamente. En el primer período después de la revolución todavía era posible distinguir entre los emigrantes (es decir, los que habían pasado muchos años en el extranjero), y los bolcheviques “domésticos” y “nativos”. En muchos aspectos, los emigrantes tenían serias ventajas debido a su experiencia europea y, en relación con ella, a su horizonte más amplio, y también porque habían generalizado teóricamente la experiencia de las luchas fraccionales en el pasado. Por supuesto, esta división entre emigrantes y no emigrantes era sólo temporal; ahora todas las diferencias han desaparecido. Pero en 1917 y 1918 se notó bastante. En cualquier caso, no había rastro de “provincianismo” en Sverdlov, ni siquiera en aquella época. Mes a mes crecía y se fortalecía, de forma natural, orgánica, aparentemente sin esfuerzo, al compás de los acontecimientos, en estrecha colaboración y contacto con Vladimir Ilich, hasta el punto de que mirándolo superficialmente se podría haber pensado que Sverdlov había nacido como un consumado “estadista” revolucionario de primer orden. Todos los problemas de la revolución no los abordó desde arriba, es decir, desde consideraciones teóricas generales, sino desde abajo, a través de los impulsos de la vida misma, transmitidos a través del organismo del partido. Cuando se debatían nuevos problemas políticos, a veces podía parecer que Sverdlov (sobre todo cuando guardaba silencio, lo que no era infrecuente) vacilaba o no era capaz de tomar partido. En realidad, durante la discusión su mente estaba ocupada resolviendo el problema en un nivel paralelo que podría esbozarse así: ¿quién está disponible? ¿Dónde nombrarlo? ¿Cómo vamos a abordar la cuestión y hacer que encaje con nuestras otras tareas? Y no estaba todavía tomada la decisión política, tampoco estaba todavía planteado el aspecto organizativo del problema y la cuestión del personal, y casi invariablemente resultaba que Sverdlov ya tenía preparadas propuestas prácticas de gran alcance, basadas en su memoria enciclopédica y en su conocimiento personal de los individuos.

En las primeras etapas de su formación, todos los departamentos e instituciones de los sóviets recurrieron a él en busca de personal; y esta primera y ardua construcción de cuadros del partido requería una mente excepcionalmente rica e inventiva. No era posible contar con un aparato establecido, ficheros, archivos, etc. Pues todo esto estaba todavía en un estado de extrema confusión y, en cualquier caso, no ofrecía ningún medio de verificar directamente hasta qué punto el revolucionario profesional Ivánov estaba cualificado para dirigir tal o cual departamento del sóviet que todavía sólo existía de nombre. Se requería una intuición psicológica especial para tomar tales decisiones: era necesario fijar 2 o 3 puntos focales en el pasado de Ivánov y sacar conclusiones de ellos para utilizarlas en una situación totalmente nueva. Con ello, estas transposiciones tuvieron que hacerse en los campos más diversos: en busca de un comisario del pueblo, de un dirigente para la imprenta Izvestia, de un miembro del comité central de los sóviets o de un comandante del Kremlin, y así ad infinitum. Estos problemas organizativos surgieron, por supuesto, sin secuencia alguna, es decir, nunca del puesto más alto al más

bajo o viceversa, sino en cualquier orden, al azar, caóticamente. Sverdlov hacía consultas, recopilaba o recordaba datos biográficos, llamaba por teléfono, repartía recomendaciones, expedía citaciones y concertaba citas. Hoy no puedo decir exactamente en calidad de qué realizó todo este trabajo, es decir, cuáles eran sus competencias formales. Pero, en cualquier caso, una parte considerable del trabajo tuvo que realizarse bajo su responsabilidad personal, con el apoyo, por supuesto, de Vladimir Illich. Y tales eran las exigencias del momento que nadie planteó la menor objeción. Sverdlov realizó una parte considerable de su labor organizativa como Presidente del Comité Ejecutivo Panruso de los Sóviets utilizando a los miembros de este ejecutivo para diversos trabajos y en diversas funciones. “Habla con Sverdlov”, aconsejaba Lenin muy a menudo cuando alguien se dirigía a él con una pregunta concreta. “Tengo que hablar con Sverdlov”, se decía el “dignatario” soviético recién nombrado, cuando tenía que tratar con sus colaboradores. Una forma de resolver un problema práctico importante era (según la constitución no escrita) hablar con “Sverdlov”. Pero el propio Sverdlov, por supuesto, no estaba en absoluto a favor de este método supremamente individualista. Al contrario, toda su actividad preparaba las condiciones necesarias para dar a todos los problemas del partido y del sóviet una solución más sistemática y regular. En aquella época, lo que se necesitaba eran “pioneros” en todos los ámbitos, es decir, personas capaces de arreglárselas solas en medio del caos más inmenso, en ausencia de tradiciones, sin estatutos ni reglamentos. Eran pioneros para las necesidades más inconcebibles lo que Sverdlov buscaba constantemente. Recordaba, como ya he dicho, tal o cual detalle biográfico, cómo se había comportado tal o cual persona en tal o cual circunstancia, y de ahí deducía si tal o cual candidato encajaría o no en el puesto. Obviamente, hubo muchos errores. Pero lo sorprendente es que no hubiera muchos más. Y lo que parece más asombroso es que Sverdlov fuera capaz de abordar un problema en medio del caos de las tareas, el caos de las dificultades y con un mínimo de personal capacitado. Era mucho más claro y fácil enfocar cada problema desde el punto de vista de los principios y la utilidad política que desde el punto de vista organizativo. Esta situación, que aún hoy nos acompaña, debe considerarse como derivada de la esencia misma de un período de transición al socialismo. Pero en aquella época, la contradicción entre un objetivo claramente previsto y la falta de recursos materiales y humanos se dejaba sentir de forma mucho más aguda que hoy. Precisamente cuando los problemas se encontraban en la fase de solución práctica, muchas personas se alejaron sacudiendo la cabeza con perplejidad. Y entonces alguien preguntaba: “Bueno, ¿qué dices, Jacob Mijáilovich?”

Y Sverdlov daba su solución. En su opinión, “la empresa era bastante viable”. Había que delegar en un grupo de bolcheviques bien elegidos, comunicarles el dossier pertinente, las conexiones adecuadas, dedicarles la atención y la ayuda necesarias, y se haría. Para alcanzar el éxito de este modo, era necesario tener una confianza absoluta en que era posible resolver cualquier tarea y superar cualquier dificultad. Una reserva inagotable de optimismo en la acción era, de hecho, la base de la actividad de Sverdlov. Por supuesto, esto no significa que todos los problemas se hayan resuelto al 100 % de esta manera. Si se resolvía en un 10 %, ya estaba bien. En aquellos días significaba la salvación porque el día siguiente estaba asegurado. Pero, al fin y al cabo, ahí terminaba toda la actividad de aquellos primeros y durísimos años. Era necesario encontrar comida de alguna manera; era necesario encontrar comida para las tropas, equiparlas, entrenarlas; era necesario proporcionar transporte de alguna manera; era necesario detener el tifus de alguna manera. Por mucho que la revolución tuviera que salvar su día de mañana.

El mejor tipo de bolchevique

Las cualidades de Sverdlov se revelaron de manera sorprendente en los momentos más críticos, por ejemplo, después de las jornadas de julio de 1917, es decir, cuando los

guardias blancos habían aplastado a nuestro partido en Petrogrado. Y de nuevo, durante los días de julio de 1918, es decir, después de que los socialistas-revolucionarios hubieran organizado su insurrección. En ambos casos, fue necesario reconstruir la organización, renovar los vínculos o crearlos, reteniendo a quienes habían sufrido la mayor prueba. Y en ambos casos, Sverdlov era insustituible con su calma revolucionaria, su amplitud de miras y la abundancia de sus recursos.

En otra ocasión, conté cómo Sverdlov llegó del Gran Teatro del Congreso de los Sóviets al gabinete de Vladimir Illich justo en el “clímax” de la sublevación de la SR. Tras saludarnos con una sonrisa, dijo: “Bueno, supongo que tendremos que pasar de nuevo del Sovnarkum (Consejo de Comisarios del Pueblo) al Revkom (Comité Militar Revolucionario) ¿qué os parece?”

Sverdlov siguió siendo él mismo, como siempre. En esos momentos se llega a conocer de verdad a la gente. Y Jacob Mijáilvich era realmente incomparable, seguro de sí mismo, valiente, firme, ingenioso: el mejor tipo de bolchevique. Fue precisamente en estos momentos críticos cuando Lenin llegó a apreciar y conocer a Sverdlov. De vez en cuando Vladimir Illich descolgaba el teléfono para proponer a Sverdlov una medida especialmente inminente, y en la mayoría de los casos la respuesta que recibía era: “Ya”. Esto significaba que la medida ya había sido adoptada. A menudo bromeábamos sobre esto, diciendo: ‘Bueno, lo más probable es que Sverdlov ya lo tenga’.

Lenin comentó una vez, “recuerdas, al principio nos opusimos a su admisión en el comité central. ¡Cuánto habíamos subestimado a este hombre! Hubo muchas discusiones al respecto, pero las bases nos corrigieron en la reunión y resultó que tenían toda la razón”.

A pesar de que, por supuesto, nunca se planteó la fusión de las organizaciones, el bloque con la SR tendió ciertamente a hacer algo nebulosa la conducta de los cuadros de nuestro partido. Baste mencionar, por ejemplo, que cuando un gran grupo de activistas fue destacado al Frente Oriental, al mismo tiempo que Muraviev fue nombrado comandante en jefe de esa región, un eserista fue elegido secretario de este grupo de varias decenas de hombres, la mayoría de los cuales eran bolcheviques.

En las diversas instituciones y departamentos, cuanto mayor era el número de miembros nuevos y accidentales de nuestro partido, más indefinidas eran las relaciones entre bolcheviques y eseristas. La dejadez, la falta de vigilancia y cohesión entre los miembros del partido recién instalados en el todavía nuevo aparato estatal, se caracterizan de forma bastante llamativa gracias al simple hecho de que el corazón de la sublevación en la base estaba constituido por la organización eserista de las tropas de la Checa.

El saludable cambio se produjo literalmente en dos o tres días. Durante los días de esta insurrección organizada por un partido gobernante contra otro, cuando todas las relaciones personales se pusieron repentinamente en tela de juicio, y los funcionarios de los departamentos empezaron a tambalearse, los mejores y más dedicados elementos de todo tipo de instituciones se acercaron rápidamente unos a otros, rompiendo todos los lazos con los SR y luchando contra ellos. Los cuadros comunistas se fusionaron en fábricas y regimientos. En el desarrollo del partido y del estado éste fue un momento de importancia capital. Los elementos del partido, que se encontraban dispersos y parcialmente diseminados entre los cuadros informes del aparato estatal y cuyos vínculos con el partido se confundían, en gran escala, con las relaciones departamentales, esos elementos, volvieron instantáneamente al pasado, cerraron filas y se soldaron bajo los golpes de la insurgencia del SR. En todas partes los cuadros comunistas asumieron la estructura que la dirección actual asumió en la vida interna de todas las instituciones. Puede decirse que fue precisamente en aquellos días cuando el partido, en su mayoría, tomó por primera vez verdadera conciencia de su papel como organización dirigente, dirigente del estado proletario, partido de la dictadura del proletariado, no sólo en sus

aspectos políticos, sino también en sus aspectos organizativos. Este desarrollo, que podría definirse como el comienzo de la autodeterminación del partido en el campo de la organización dentro del aparato del estado soviético creado por el propio partido, tuvo lugar bajo la autoridad de Sverdlov, independientemente de si se refería al Comité Ejecutivo Panruso de los Sóviets o a uno de los servicios del comisariado de guerra. Los historiadores de la revolución de octubre se verán obligados a distinguir y estudiar en detalle este momento crítico en la evolución de las relaciones recíprocas entre el partido y el estado, momento que iba a dejar su sello en todo el período venidero, hasta nuestros días. En relación con esto, el historiador que plantee esta cuestión destacará el inmenso papel desempeñado durante este importantísimo punto de inflexión por Sverdlov, el organizador. Tenía en sus manos todos los hilos de la red de relaciones prácticas.

Aún más críticos fueron los días en que los checoslovacos amenazaban Nizhni Nóvgorod, mientras Lenin caía, con dos balas SR en el cuerpo, recibí un telegrama cifrado de Sverdlov el 1 de septiembre: “Regresa inmediatamente. Illich herido. Ignorando la gravedad. Prevalece la calma total. Sverdlov. 31 de agosto de 1918.” Me fui inmediatamente a Moscú. Los círculos del partido en Moscú estaban en un estado de ánimo austero, sombrío pero resuelto. Sverdlov dio la expresión más perfecta a esta decisión. Sus responsabilidades y su papel aumentaban en proporciones considerables en aquellos días. Se podía sentir una tensión extrema en este cuerpo nervioso. Pero esta tensión extrema sólo significaba una mayor vigilancia, no tenía nada en común con la inquietud sin rumbo y menos aún con la irritación. En esos momentos Sverdlov daba todo de sí.

El diagnóstico de los médicos fue optimista. No se permitían visitas a Lenin, no se admitía a nadie. No había razón para quedarse en Moscú. Poco después de mi regreso a Sviyazhsk recibí una carta de Sverdlov fechada el 8 de septiembre: “Querido León Davidovich, aprovecho esta oportunidad para escribirte unas palabras. Vladimir Illich está bien. Probablemente podré verle en tres o cuatro días”. El resto de la carta trata de cuestiones prácticas que no es necesario exponer aquí.

En mi memoria está profundamente grabado el viaje a la pequeña ciudad de Gorki, donde Vladimir Illich convalecía de sus heridas. Fue durante mi siguiente viaje a Moscú. A pesar de la terrible situación, se notaba claramente la mejora en el frente oriental, que entonces era el frente decisivo, habíamos recuperado Kazán y Simbirsk. El atentado contra Lenin sirvió de prueba política suprema para el partido: éste se volvió más vigilante, más en guardia y mejor preparado para expulsar al enemigo. Lenin se recuperaba rápidamente y pronto se preparaba para reanudar su actividad. Todo ello creó un ambiente de fuerza y confianza. Dado que el partido había sido capaz de hacer frente a la situación hasta el momento, seguramente seguiría haciéndolo en el futuro. Este era exactamente nuestro estado de ánimo de camino a Gorki. “En route” Sverdlov me puso al día de lo que había ocurrido en Moscú mientras yo estaba fuera. Tenía una memoria excelente, como ocurre con la mayoría de las personas con un gran impulso creativo. Su informe giraba, como siempre, en torno a las cosas más importantes que había que hacer, con los detalles organizativos necesarios, acompañados de pasada por breves características de las personas. En resumen, era una ampliación de la actividad habitual de Sverdlov. Y por debajo de todo ello, había una tranquila, pero al mismo tiempo irresistible, corriente de confianza. “Lo haremos.”

Un presidente con autoridad

Sverdlov tuvo que presidir muchas veces. Fue presidente de muchos órganos y en muchas reuniones. Era un presidente con autoridad. No en el sentido de que pusiera fin a una discusión o interrumpiera al orador, etc. En absoluto. Al contrario, nunca eludió ni insistió en las formalidades. Su autoridad como presidente consistía en que siempre sabía

cuál era la decisión práctica, comprendía quién debía hablar, qué debía decirse y por qué. Conocía muy bien el trasfondo de la cuestión, y toda cuestión importante y compleja tiene su propio trasfondo. Era experto en dar la palabra al orador adecuado, sabía cómo someter la propuesta a votación a tiempo, sabía lo que se podía conseguir y era capaz de lograr lo que quería. Sus rasgos como presidente estaban indisolublemente ligados a todas sus cualidades como líder en ejercicio, a su capacidad para captar a la gente con realismo, a su inagotable inventiva en el campo de las combinaciones organizativas y personales.

Durante las sesiones tormentosas, era experto en dejar que la asamblea se volviera ruidosa, se desahogara, y luego, en el momento oportuno, intervenía para restablecer el orden con mano dura y voz metálica.

Sverdlov era de mediana estatura, moreno, frágil y enfermizo, con el rostro demacrado. Sus rasgos eran angulosos. Su voz fuerte, incluso potente, podía parecer desproporcionada en relación con su físico. Lo mismo puede decirse de su carácter. Pero tal impresión sólo podía ser fugaz. Y entonces la imagen física se fusionaba con la moral. Más: aquel rostro demacrado con su voluntad tranquila, invisible, invencible e inflexible, aquella voz poderosa pero inflexible ofrecían una imagen armoniosa. “Nichevo”, decía a veces Vladimir Illich en una situación difícil, “Sverdlov les dirá qué hacer con su bajo sverdloviano y asunto arreglado”. En estas palabras había una afectuosa ironía.

Durante el primer periodo, después de octubre como sabemos, nuestros enemigos llamaban a los comunistas “hombres de cuero” por la forma en que íbamos vestidos. Creo que el ejemplo de Sverdlov desempeñó un papel crucial en la introducción del uniforme de cuero entre nosotros. En todas las circunstancias iba invariablemente cubierto de cuero de la cabeza a los pies, desde su gorra de cuero hasta sus botas de cuero. Este traje, que correspondía más o menos a la época, brillaba a su alrededor como el tipo del centro de la organización.

Los camaradas que conocieron a Sverdlov en la clandestinidad recuerdan a un Sverdlov diferente. Pero en mi memoria, Sverdlov permanece vestido de cuero como una armadura que se ha vuelto negra bajo el efecto de los primeros años de la guerra civil.

Estábamos en una reunión del buró político cuando Sverdlov, que estaba en casa con fiebre, empezó a sentirse peor. E.D. Stasova, entonces secretario del comité central, entró en la reunión. Venía del piso de Sverdlov. Su cara estaba irreconocible. “Jacob Mijáilovich está mal, muy mal”, dijo. Nos bastó una mirada para comprender que no había esperanza. Acortamos la reunión. Vladimir Illich fue a casa de Sverdlov y yo me fui al comisariado para prepararme para partir inmediatamente al frente. Al cabo de un cuarto de hora, una llamada telefónica de Lenin, con ese peculiar cambio de voz que delata una gran tensión: “Se acabó, se acabó, se acabó. Por un momento cada uno de nosotros sostuvo el auricular en la mano y cada uno pudo sentir el silencio al otro lado. Luego colgamos. No había nada más que decir. Jacob Mijáilovich había muerto.

Sverdlov ya no estaba con nosotros.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es